

CARLOS H. WAISMAN

Modernización y Legitimación: La incorporación de la clase obrera al sistema político

(Edit. C. I. S., Madrid, 1980)

El estudio de Waisman se inscribe en un marco teórico que pretende aunar los procesos de modernización y legitimación. El objetivo del autor desde el primer momento, es acotar un campo tan extenso como el que proporciona la relación entre modernización y legitimación, es por eso que centra el problema en los factores que contribuyen a la legitimación del capitalismo por parte de la clase obrera. El concepto de modernización es utilizado en su dimensión política que sitúa el objeto de estudio en base a las crisis de integración que deben resolver los sistemas políticos en distintos momentos de su desarrollo. Este concepto se inscribe implícitamente en una consideración global de la modernización, utilizándola en el mismo sentido que desarrollo, sentido que engloba la industrialización, el desarrollo económico y un orden de valores determinado.

Admitiendo que existe una estrecha correlación entre modernización y la aceptación del capitalismo por parte de la clase obrera, Waisman divide el libro en dos partes que res-

ponden a las dos fuentes de oposición que dan lugar a esta hipótesis:

La primera sitúa la fuente de oposición o apoyo al orden social en la posición de la clase obrera dentro del sistema político. La segunda y la tercera sitúan la fuente de oposición o apoyo al orden social en la posición de la clase obrera en el sistema económico, bien desde el punto de vista de la producción, bien desde el consumo.

El autor propone como enfoque adecuado aquél que sea una combinación de los dos utilizados habitualmente: el enfoque «del puro interés» y «el estructuralista puro», considerando, así, la vida social como una serie de resultados derivados de la interacción entre la estructura y la acción social.

La primera parte basa el análisis en el estudio de las crisis de incorporación de la clase obrera al orden capitalista, realizando una tipología de resultados y la solución dada a esta crisis en tres casos concretos: Disraeli, Bismark y Perú.

A la hora de estudiar la moderniza-

ción política es especialmente importante la integración de clases y estratos generados o movilizados en el proceso de industrialización, en este caso la formación de la clase obrera. Apoyándose en Marx, el autor, atribuye la formación de la clase obrera a la disolución de las relaciones sociales precapitalistas y a la absorción por parte del capitalismo industrial de los individuos que la disolución de estas relaciones libera. El problema de la integración de la clase obrera plantea dos modelos de solución:

a) *Movilización*, que consiste en una demanda de participación y es considerada como un proceso con tres etapas: No participación pasiva, Heterotomía y Fuerza política independiente; la formación de la clase obrera implica la transición entre ellas. La tipología se obtiene en base a dos dimensiones: situación en el sistema político y grado de autonomía.

b) *Modernización preventiva*, que consiste en la incorporación de grupos relevantes y heterogéneos por parte de la élite establecida para reforzar el orden social.

Visto el problema de la formación de la clase obrera, Waisman analiza los resultados del proceso de su incorporación al sistema político; para ello elabora una tipología que obtiene de la combinación del grado de legitimación y del grado de centralización del poder, que dan lugar a cuatro tipos ideales:

1.º *Adaptación*.—Situación en que se ha producido tanto la incorporación política como la ideológica.

2.º *Polarización*.—Se produce al otorgar a la clase obrera una actuación independiente a la que no ha sucedido una generalización de valores.

3.º *Exclusión*.—Se produce la to-

tal ausencia de incorporación al negarse las élites a aceptar sindicatos independientes.

4.º *Cooptación*.—Situación en que la clase obrera es incluida bajo el control de la élite establecida, en calidad de partícipe heteronomo.

En la realidad estos resultados no son puros, aunque siempre hay alguno predominante. Los procesos que han dado lugar a estos resultados se basan en el análisis de la interacción de las élites establecidas y la clase obrera. Aquellos elementos que no son explicados por esta relación pero que la aceptan son denominados factores ambientales. Todo ello constituye el marco conceptual en el que se desenvuelve el modelo de acción política.

Waisman elabora, para el análisis de la acción política, unos gradientes conceptuales de la acción política colectiva, que son en sus extremos la «estrategia», nivel de máxima complejidad correspondiente a las minorías dirigentes y «formas de acción políticas» correspondiente al nivel de mínima complejidad que corresponde a una colectividad emergente, la clase obrera.

«Los factores ambientales» son una serie de recursos que pueden alterar la aparición de resultados, que son básicamente dos: el primero hace referencia a las características de otras clases y estratos y a sus posibles alianzas con la clase obrera o con la élite. El segundo consiste en los aspectos de la estructura social, y tiene tres dimensiones: política (la coerción), económica (el excedente) y cultural (la cultura y las ideologías).

La «estrategia de la élite». Existen tres tipos ideales de estrategias de cara a la clase obrera: inclusión, exclusión y cooptación, cuyo éxito lleva al establecimiento de las democracias

liberales, dictaduras o regímenes corporativistas, respectivamente.

Las «formas de acción políticas» están determinadas, en base al umbral de legitimación, considerándose fuera de él a aquellas ideas que, llevadas a cabo, supusiesen la desaparición del orden social capitalista. El umbral varía según el régimen político, siendo superior en los regímenes pluralistas que en los monistas. En la legitimación hay que distinguir la legitimación de ideas y de conductas, aunque se den relacionadas. Para la formación de cuatro tipos ideales de acción política Waisman va a tener en cuenta ambas, combinando la conducta (sumisión, radicalismo) y las ideas. Los cuatro tipos ideales de acción política son: aquiescencia, reformismo, movilización y acción revolucionaria.

Las formas de acción política se relacionan:

a) Con la estrategia de la élite, ya que ésta variará según se enfrente con una clase obrera sumisa, movilizada o reformista.

b) Con los factores ambientales, ya que el comportamiento en la clase obrera depende de la situación y alianzas del resto de las clases y estratos sociales; también influirá la existencia o no de un excedente disponible para la distribución, así como la existencia de un aparato que pueda posibilitar la exclusión en un momento dado. De la misma forma la orientación de la estrategia y élite y la propensión al acuerdo o desacuerdo por parte de la clase obrera viene determinado por la cultura política.

Tres casos de la interacción de la estrategia de élite y su relación con las normas de acción política:

1. La extensión del voto en Gran Bretaña con Disraeli.

El primer caso en que se resolvió la integración de la clase obrera por adaptación, esto fue posible por la existencia de una clase obrera movilizada pero con bajo nivel de desacuerdo, una élite flexible, un excedente suficiente para repartir y una cultura política tendente a la adaptación.

2. La exclusión de los socialistas en la Alemania de Bismark.

Esta situación vino determinada por una industrialización tardía, regida por Prusia, que estableció su régimen democrático y mantuvo el poder de las élites terratenientes; éstas veían en la revolución proletaria un peligro continuo, lo que llevó a la exclusión del partido socialista como un acto de autodefensa. A la política de exclusión se le añadió secundariamente otra coactiva, manifestada a través de «la política del bienestar», de Bismark. La exclusión se produjo además por la inexistencia de un excedente que repartir y por la asociación de las clases medias con la élite tradicional.

3. El desarrollo del movimiento obrero bajo control estatal en la Argentina.

Argentina presentaba unas condiciones específicas para este suceso: una peculiar composición de su clase obrera, producto de una rápida industrialización y una fuerte movilidad social, a lo que hay que añadir una pronunciada discontinuidad interior. Al subir Perón al poder lo que le preocupa es organizar una masa trabajadora que, sin controlar, le parece peligrosa; para conseguirlo utiliza la coacción y las recompensas económicas. La repartición del excedente fue posible gracias al «boom económico» producido por las nacionalizaciones y la apropiación de los beneficios de las exportaciones; además desarrolló una espectacular política de bienestar.

Las correlaciones estructurales de los resultados

Existe una interrelación entre tiempo de industrialización (orden de entrada en el mundo industrial), dualismo (coexistencia de un sector tradicional y otro moderno) y la alienación del control de los recursos económicos. Así, en la primera etapa de la industrialización, el dualismo casi no existiría, la estrategia sería la adaptación, la burguesía se habría integrado antes que el proletariado y la forma de acción política sería la movilización. En los países integrados en la segunda etapa el dualismo sería más patente, la estrategia sería la polarización y la burguesía y el proletariado se habrían incorporado simultáneamente. En la tercera etapa todas estas características se han acentuado: el dualismo es radical, la burguesía está ausente de poder y frente a una clase obrera, cuya forma de acción política es condescendiente, la estrategia de la élite es la cooptación.

El dualismo produce la fragmentación y dificulta las formas de acción política efectivas. Se ha dado en todos los países el mayor o menor grado, a excepción de aquellos sin pasado precapitalista (Canadá).

La variable de control de los recursos se relaciona con el tiempo de industrialización: así, en la primera etapa, la autonomía se consiguió gracias al control sobre las materias primas; en la segunda los países tuvieron que competir con los de la primera, y en la tercera el control no es nacional, sino que viene del exterior.

He dedicado un espacio proporcionalmente mayor a la primera parte por considerar que en ella el autor desarrolla el marco teórico que aplica posteriormente al resto del estudio.

La segunda parte analiza los deter-

minantes de acción política exógenos al sistema político, estudiando en diversas situaciones sociales el efecto que produce la posición de los obreros en la economía, sobre las diversas formas que adopta su acción política. Para hacer analíticamente inteligible este proceso, investiga la situación de los obreros en la estructura social con respecto a los siguientes indicadores: situación centro-periferia, que hace referencia a la posición que ocupa en el sistema productivo; privación: este indicador trata de la posición que se ocupa dentro del sistema de consumo. La posición central y la privación las considera el autor propiedades «estáticas», haciendo uso paralelamente de los conceptos de integración y marginación que serían caracteres «dinámicos». Estos dos indicadores harían referencial al proceso de inclusión de individuos en la clase obrera y al proceso de expulsión de los individuos de la misma respectivamente.

Elaborado el aparato analítico, Waisman estudia una serie de datos de encuestas que proceden de dos estudios sobre la clase obrera argentina. El primero trata de la clase obrera establecida, trabajadores de la industria azucarera de Tucumán, cuya posición central era destacada y su exposición a la marginación elevada debido a la crisis que afectaba a esta industria. El segundo estudio consiste en una encuesta realizada entre los trabajadores nuevos que, procedentes del noroeste de Argentina, habían emigrado a las ciudades de Buenos Aires y Rosario, poseyendo, en consecuencia, un bajo nivel de integración.

El análisis de los caracteres estructurales y de los efectos que éstos producen en la clase obrera, será realizado a través de una serie de indicadores elaborados para su medición.

Los efectos de los caracteres estructurales son, según su orden de importancia:

La integración.—La experiencia anterior en la agricultura capitalista, el alcance de la experiencia industrial y el tiempo de residencia en la ciudad producen efectos integradores. La experiencia previa en la agricultura pre-capitalista provoca una desviación de la aquiescencia que se dirige hacia formas de acción política con fuerte radicalismo.

La posición central.—Parece ser que las variables de posición central son de adaptación. El efecto de calificación es marcadamente adaptador, así como el tamaño de la empresa (con excepción de los obreros establecidos).

La privación (medida a través de la calidad de vivienda, salarios y tamaño de la familia) provoca una desviación de la aquiescencia, especialmente un nivel bajo de salarios.

La marginación también se asocia a cambios en la acción política de los obreros establecidos; en éstos el impacto de la amenaza del paro es más fuerte que el paro de hecho y probablemente se traduzca por un efecto reformista.

El impacto de la posición central y la integración sobre las formas de acción política parece ser más fuerte que el de la privación y la marginación. Dado que las dos variables primeras son de efectos adaptadores, podría pensarse que incluso en las primeras etapas de la industrialización el impulso hacia la aquiescencia, derivado de la posición de los obreros en el sistema económico, probablemente es más fuerte que el impulso a la desviación de la aquiescencia.

Con los resultados obtenidos, Waisman se sitúa en contra de la tradición ideológica vigente al afirmar que la

falta de integración parece producir efectos más marcados que la privación. Además la privación parece producir un efecto reformista en los obreros establecidos más que un efecto movilizador.

La distribución de los caracteres estructurales es producto de las características del proceso de desarrollo económico en las distintas sociedades. Por lo que hace referencia a los caracteres «estáticos», su distribución varía según factores, tales como la oferta de trabajo, el tipo de estructura social producida por los imperativos de los recursos tecnológicos y del mercado de bienes primarios en que se ha especializado el país. En segundo lugar, la distribución de los caracteres «dinámicos» es la consecuencia de los aspectos cuantitativos del proceso de modernización que determinan la amplitud del fragmento de la clase obrera que en un momento determinado se halla bajo el efecto de uno de los caracteres «dinámicos».

En definitiva, el autor defiende que el proceso de industrialización parece conducir a la adaptación de la clase obrera y que los mayores problemas de integración se darán en aquellos países capitalistas de desarrollo medio, lo que provocará formas de acción política distintas a la aquiescencia.

* * *

Se puede decir que este estudio, de grandes pretensiones teóricas y unitarias, constituye una tentación para todas aquellas personas que en todo problema busquen una solución. Son numerosas las dudas que le surgen a uno después de haberlo leído, por ejemplo esas pretensiones eclécticas de aglutinar corrientes de la más diversa índole ideológica no dejan de

ser, a mi juicio, un recurso teórico para encubrir el desarrollo clásico semi-funcionalista en el que se inscribe el estudio. Preocupa la exposición que el autor hace tanto de Marx como de Marcusse, pasando por encima de sus teorías de una forma un tanto superficial, situando la crítica a Marx en la corriente de Dahrendorf.

La explicación global que del proceso de modernización política proporciona el autor como un concepto único y monolítico parece eludir, sin el menor rastro de duda, la cuestión de la crisis del concepto de modernización en este sentido, que caracteriza a la sociología europea actual.

En este modelo uno se cuestiona dónde tienen cabida los distintos procesos de modernización de los países socialistas, tanto en sus modelos occidentales como asiáticos, a no ser que para el autor sólo se produzcan procesos de modernización política en el capitalismo, o que, en el mejor de los casos, sólo haya pretendido aplicar ese concepto de modernización al sistema capitalista; en este caso un concepto universal de modernización no tendría sentido.

Habría que destacar también la discontinuidad del trabajo: un marco teórico muy elaborado (independientemente de su validez absoluta) que se aplica a dos trabajos empíricos muy determinados geográfica y políticamente y que realmente pienso que las constataciones que de ellos se puedan extraer no pueden tener pretensiones de veracidad universal y menos de respaldo suficiente para constatar ninguna hipótesis.

El estudio defiende, además, la tesis de que el proceso de industrialización parece conducir a la adaptación de la clase obrera, tesis que me permito dudar, ya que en los países en que el autor considera que la adaptación se ha producido, se está llevando a cabo en los últimos tiempos procesos que no coinciden con esta tesis, que no deja de ser una postura optimista de cara a un sistema en el que la rigidez de la movilidad social y la frustración de expectativas nos lleva a situaciones que parece ser no se caracterizan por la adaptación de nadie.

TERESA GUTIÉRREZ DEL ALAMO